

La pandemia del COVID-19 y el Titanic

Orlando Mejía Rivera

La metáfora del barco y su guía en noches de tormenta proviene del tratado hipocrático *Sobre la medicina antigua*. Luego Platón la parafraseó en *La república*. Cuando el mar está en calma el capitán de la embarcación puede disimular que es un mal piloto y sus errores no son advertidos por los demás. El símil del capitán incapaz lo usa el filósofo para juzgar a los malos gobernantes, que utilizan el poder político para beneficio propio y en épocas críticas pretenden resolver lo que debieron evitar con anterioridad. La pandemia del coronavirus está revelando que nuestro mundo globalizado e hipertecnológico es, en verdad, frágil como la Europa medieval de la peste bubónica o la sociedad occidental del año 1918, consumida por un brote mortífero de gripa.

Ahora, por fortuna, no llegaremos a los cincuenta millones de muertos del siglo *xiv*, ni a los cuarenta millones de fallecidos de la segunda década del siglo *xx*. El conocimiento médico nos ha posibilitado conocer pronto la estructura genética del virus y los científicos luchan para encontrar una vacuna efectiva. Pero compartimos con las epidemias del pasado algunas características y comportamientos comunes. La soberbia de algunos que vociferan que la tecnología médica erradicará a las enfermedades infecciosas del planeta, debe ser acallada ante la única medida preventiva efectiva que hemos encontrado: la cuarentena y el confinamiento de los ciudadanos. Es decir, la misma conducta antigua tomada desde el año 1347 en Italia, foco inicial de la peste negra. También escuchamos, en menor proporción, las voces de los que acusan a los “otros” de ser los culpables. Antes, hablaban del envenenamiento de las aguas por las mi-



Foto fija Chris Marker, *La Jetée*, cortometraje, 1962

norías: los judíos, las brujas, los súcubos. En nuestros tiempos se señala a los “chinos”, los “laboratorios”, la KGB, la CIA, etcétera. Además, están los que se lavan las manos de la responsabilidad social y política y lo atribuyen al “castigo de Dios” o al “inesperado virus” de la naturaleza. Otros, con el lenguaje bélico y la lógica de la guerra, inventan un nuevo enemigo ideológico. Hay que derrotar al COVID-19, el terrorista viral.

Quizá la realidad es muy distinta. El virólogo Nathan Wolfe advirtió desde finales del siglo *xx* que las veinticinco enfermedades infecciosas más graves para la salud humana se derivan de zoonosis. Este proceso de adaptación y mutación implica cinco fases biológicas. En la primera, el patógeno solo existe entre animales. En la segunda, se transmite de animales a humanos, pero no entre humanos (la rabia). En la tercera, se transmite entre humanos, pero con brotes de corta duración y luego se



Foto fija Chris Marker, *La Jetée*, cortometraje, 1962

extingue (el Ébola). En la cuarta, el patógeno existe en animales y mantiene ciclos regulares por transmisión entre humanos (el dengue). En la quinta, el microorganismo se vuelve exclusivamente humano (el VIH). El COVID-19 podría estar en la fase tres, o tal vez iniciando la fase cuatro. La evolución de la pandemia nos lo dirá. Los letales virus de la influenza aviar (H1N5 y H7N9) están en la fase 2 y hay unos pocos casos humanos identificados que anticipan su inminente mutación a la fase 3.

Las causas de fondo de este panorama son ambientales y sociales: deforestación acelerada, manipulación de animales salvajes, cambio climático, desequilibrio demográfico, hambrunas, polución y desigualdad social. Ante la privatización y las leyes del mercado de los sistemas sanitarios, en este siglo XXI, se han abandonado la salud pública y las políticas de prevención

global. Los expertos saben que, si no hacemos una transformación profunda de las estructuras sociales y económicas, esta solo será la primera pandemia de otras que ya estamos incubando en un planeta devastado por la locura individualista del consumismo y la depredación antiecológica. El mundo actual que nos tocó se parece al mítico Titanic, pero el agua está comenzando a entrar y ninguna clase social, ni país, estarán a salvo. Hans Jonas, en su libro *El principio de la responsabilidad* (1979), lo expresó con clarividencia: es el momento crucial para una “ética del bote salvavidas” y la humanidad es un trasatlántico que amenaza con hundirse.

Orlando Mejía Rivera. Escritor, médico internista, Profesor Titular de Humanidades médicas y Medicina interna en la Universidad de Caldas.